

MI VIDA

Marcial Francisco Losada Menéndez

Mi vida ha estado dedicada al trabajo: hace ya más de medio siglo que no me detengo a ver por donde he andado. Pero ahora, con mi retiro, empiezan a aparecer cosas que no había tenido tiempo de ver y contemplar. Algunas del pasado y otras del futuro.

Para escribir tengo que sentir; no me gusta escribir sin sentir; es como tomar un helado en invierno. Preciso calor en mi entendimiento para descongelar el frío de la razón.

Yo nací en la ciudad de Rancagua, Chile, el 3 de Julio de 1939, dos meses antes que comenzara la Segunda Guerra mundial. Tuve la fortuna de estar muy lejos de ella. Tantos niños de mi edad murieron en Europa. Demasiados! Aquella guerra fue un locura nacida de la creencia que con la fuerza—incluyendo el miedo y el terror—se puede conseguir todo. De hecho es exactamente lo opuesto: la fuerza mayor del universo es el amor. Pero el amor fue atropellado en aquellos años y la humanidad pagó muy caro el dejarse llevar por el odio.

Yo nací para servir la fuerza del amor. Tal vez haya sido la mayor manifestación de mi inteligencia, porque mi modelo de interacción humana es una manifestación de amor. De pequeño siempre quise ayudar a los demás. Había bondad en mi corazón y la sigue habiendo.

En 1973, cuando tenía 34 años, conocí el poder de la ciencia. La ciencia me llamó como la poesía llamó a Neruda y uno no la puede desoír. Entré a la ciencia de la mano de Josph Fourier y Norbert Wiener. Vale decir, entré por las matemáticas. Nunca quise ser un matemático, habría sido muy pretencioso de mi parte. Pero sí entendí la belleza de las matemáticas y su elocuencia: con tan poco dice tanto! Puse ese poder y esa belleza a trabajar para ayudar a los demás aprovechando mejor el poco tiempo que pasamos en este mundo.

Recuerdo cuando aprendí a leer, por ahí por los seis años en Viña del Mar. Fue entonces que vi el mar por primero vez y ahora no puedo dejar de verlo. Al poder leer, se abrieron tantas puertas que me dejaron entrar a lugares escondidos y ventanas que me dejaron ver lo que era posible. La luz de la ciencia entró por esas ventanas y me deslumbró. Desde entonces que soy amante de los misterios; cuanto mayores mejor.

Me gustan los llamados juegos intelectuales como el ajedrez y el skat, el complejo juego de cartas alemán. Pero más me gusta la música clásica y también el jazz. Todos los días tengo que escuchar porque necesito ser conmovido. Es bueno sacudir el ser para que no se adormezca. No tolero los ruidos ni la gente ruidosa; soy amante del silencio. Los grandes músicos son los que mejor saben usar el silencio entre las notas. También me gusta escuchar el mar; tiene tanto que decir, tanta historias que contar.

Necesito silencio para escuchar mis pensamientos. Muchas veces no soy yo el que piensa, escucho las primeras notas de misterios insondables y tengo la pretensión de poder escuchar

toda la melodía. No es fácil escuchar estos llamados pues los humanos estamos llenos de inquietudes innecesarias.

Me gusta la gente sabia, no los intelectuales. La sabiduría es patrimonio del que aprendió a vivir, no se necesitan títulos. Me gusta la gente humilde, los que saben que no saben. No tolero los arrogantes; están tal llenos de sí mismos que no hay cabida para los demás. Viven en cuartos cerrados rodeados de espejos donde pueden contemplarse sin que los interrumpen. Qué desperdicio!

Amo la humildad, pero no la debilidad. La verdadera humildad es la postura natural del poderoso, del que conoce sus limitaciones y sabe hasta dónde puede llegar. Sobre todo no tolero a los que engañan a los demás, los abusadores y los corruptos. Son una plaga para la humanidad. No entiendo que sentido puede tener una vida que no se puede vivir con dignidad. Robar es rendirse como ser humano. Es la peor cobardía.

Creo firmemente que al final somos evaluados por la vara en que se mide cuanto nos preocupamos por nosotros mismos y cuanto por los demás. En realidad, no es una vara, sino una balanza. Es buen ejercicio al final de cada día poner en la balanza cuánto hicimos por nosotros y cuánto por los demás. Creo que no se puede ser plenamente feliz si esa balanza no está equilibrada.

No le temo a la muerte, pero si al morir con dolor. Me gustaría irme en el sueño, como en un viaje largo de noche en avión en que despertamos cuando llegamos a nuestro destino. Si la muerte no abre las puertas a algo mejor, al menos las cierra a lo peor.

Como a los siete años me preguntaba constantemente por el sentido de la muerte. No podía entender que tuviéramos que dejar a los seres queridos y que los seres queridos nos dejaran. Que crueldad! Cómo podía haber un Dios tan insensible.

Siempre fui curioso. Hago muchas preguntas porque soy muy exigente con las respuestas. Como Colón y otros descubridores me pregunto constantemente que hay más allá, no me contento con que me digan dónde estoy, quiero saber hasta dónde se puede llegar. No puedo ser conformista. Los conformistas se quedan a gusto donde están. No piden mucho a la vida y la vida les concede su deseo.

Tal vez por eso la nostalgia siempre me ha acompañado. A veces no es buena compañera pues su presencia exige vivir con la incertidumbre. Pero creo que la certeza es peor compañera. Mucha crueldad conoció este mundo por exceso de certezas.

Así que sigo viviendo mi vida, los últimos años de ella, sabiendo que la nostalgia siempre estará a mi lado. Pero hay muchas que veces que la alegría y la belleza también me acompañan y hacen mi camino más ligero y logro ver la tenue luz de un puerto seguro.

Dedico estos recuerdos y estos anhelos a todos mis hermanos y seres queridos sin cuya presencia yo no habría podido ser el que soy.

Brasilia, 14 de Agosto de 2017.